

LA SAETA

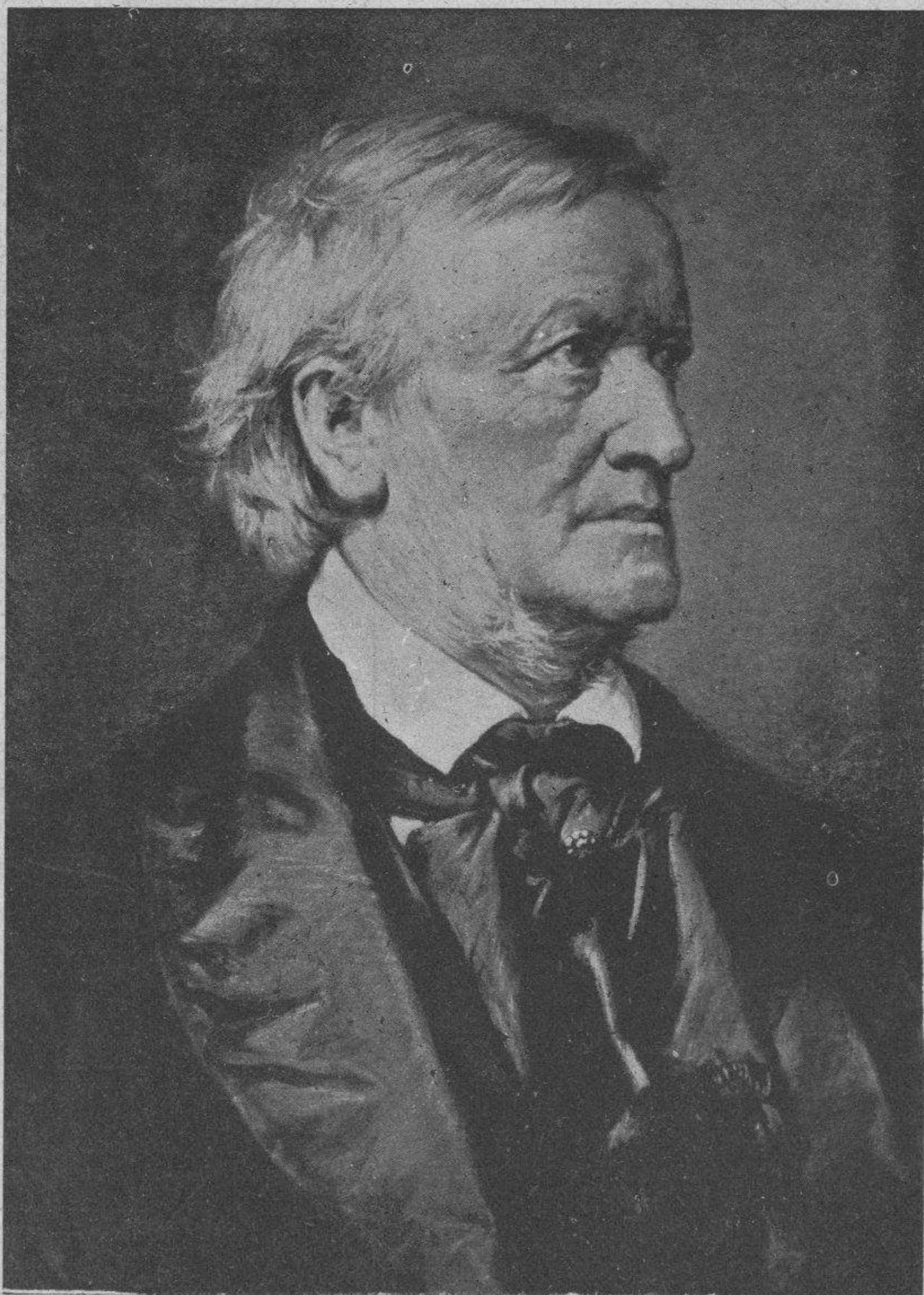
SEMANARIO ILUSTRADO

Año VIII

Barcelona 28 de Octubre de 1897

Núm. 362

MÚSICOS ILUSTRES



Ricardo Wagner

Memorias de un profesor ⁽¹⁾

El tiempo abonanza poco á poco, lentamente, cual si lo hiciera mal de su grado, obedeciendo á una fuerza superior; pero, en fin, abonanza. El espacio, encapotado durante tantos días, deja entrever ahora, por los intersticios de las nubes convertidas en jirones que el viento del Norte empuja violentamente, el sereno azul del cielo. El sol esparce á largos intervalos sus doradas luces sobre la vetusta ciudad, y diríase que la enfurruñada vieja de cal y canto, sonríe dichosa al recibir la dulce caricia del astro vital.

Pero ¡qué frío tan intenso! .. ¡cuán helado es el soplo de este viento, cuya voz resuena con extrañas modulaciones, con inacabables y estridentes silbidos por las tortuosas calles de Malaguarda!... El aire está saturado de alfileres, como dice Linares, de invisibles dardos de acero que acribillan el rostro y penetran á través de los vestidos hasta las ateridas carnes de los mal aconsejados mortales que abandonan el grato ambiente del hogar para echarse á la calle.

Acabamos de salir el profesor de Historia natural y yo de casa de Nicomedes Abril. El pobre suplente sigue todavía enfermo, y mucho me temo que su enfermedad no tenga cura, por más que el médico le considere ya en el período de la convalecencia. ¡Qué lástima nos dió el verle sentado en un sillón de baqueta, con un almohadón en las espaldas y las piernas envueltas entre mantas de lana! Su amarillento y demacrado semblante respiraba un cansancio y una melancolía indecibles; sus ojos amortiguados miraban con honda tristeza; y sus manos enflaquecidas, casi diáfanas, apenas han tenido fuerza para levantarse y contestar á la afectuosa presión de las nuestras.

El corazón se me ha puesto tamañito contemplando la visible miseria del hogar en que habita el pobre licenciado en letras: miseria que no basta á ocultar la meticulosa limpieza que reluce en los muebles y en el tosco enladrillado, en las paredes y en las ropas.

Como el médico ha prohibido severamente al enfermo toda conversación, nuestra visita no ha sido muy larga. El gasto de la palabra lo hemos hecho Linares y yo, dialogando sobre las inclemencias atmosféricas, asegurando á Nicomedes que iba á ponerse bueno, así que el tiempo cambiara radicalmente, cosa que sucedería de un momento á otro, y comentando las últimas menudencias de la vida universitaria. Al despedirnos, la madre del paciente nos ha acompañado hasta la puerta; es una mujer envejecida, más que por los años, por los sinsabores y las privaciones, vestida humildemente, de gesto tímido.

—¿Cómo encuentran Vdes. á Nicomedes?—nos ha preguntado en voz queda.



(1) Véase el número anterior.

— Muy mejorado... — me apresuro á contestar, — pero, naturalmente, está muy débil todavía, y como el tiempo no ayuda, le cuesta un poquito el rehacerse.

— Sí... — añadió Linares. — La temperatura es mala... pero deje usted que vengan algunos días de buen sol y verá usted como adelanta de firme.

— No sé... no sé... — murmura ella muy bajito, moviendo la cabeza.

Al bajar los primeros escalones he observado que Linares se detenía un instante más; que la mujer hacía un gesto como para rehusar... «no, gracias, no quiero... es demasiado...» decía siempre en voz baja. — «¡Ea! no sea usted así y tome...» replicaba él también con el mismo tono. Y le ha vuelto rápidamente las espaldas para seguirme.

— Me parece que la abundancia no reina en esta casa... — he dicho al encontrarnos en la calle.

— Dirá usted mejor que reina la más completa pobreza... de eso se muere el pobre Abril...

— ¿No cree usted que cure?

— ¡Qué ha de curar!... ¿No ha visto usted qué cara tiene el infeliz?... pues si parece un cadáver sentado... ¿Sabe usted qué enfermedad se llama la suya?

— La tisis ¿verdad?...

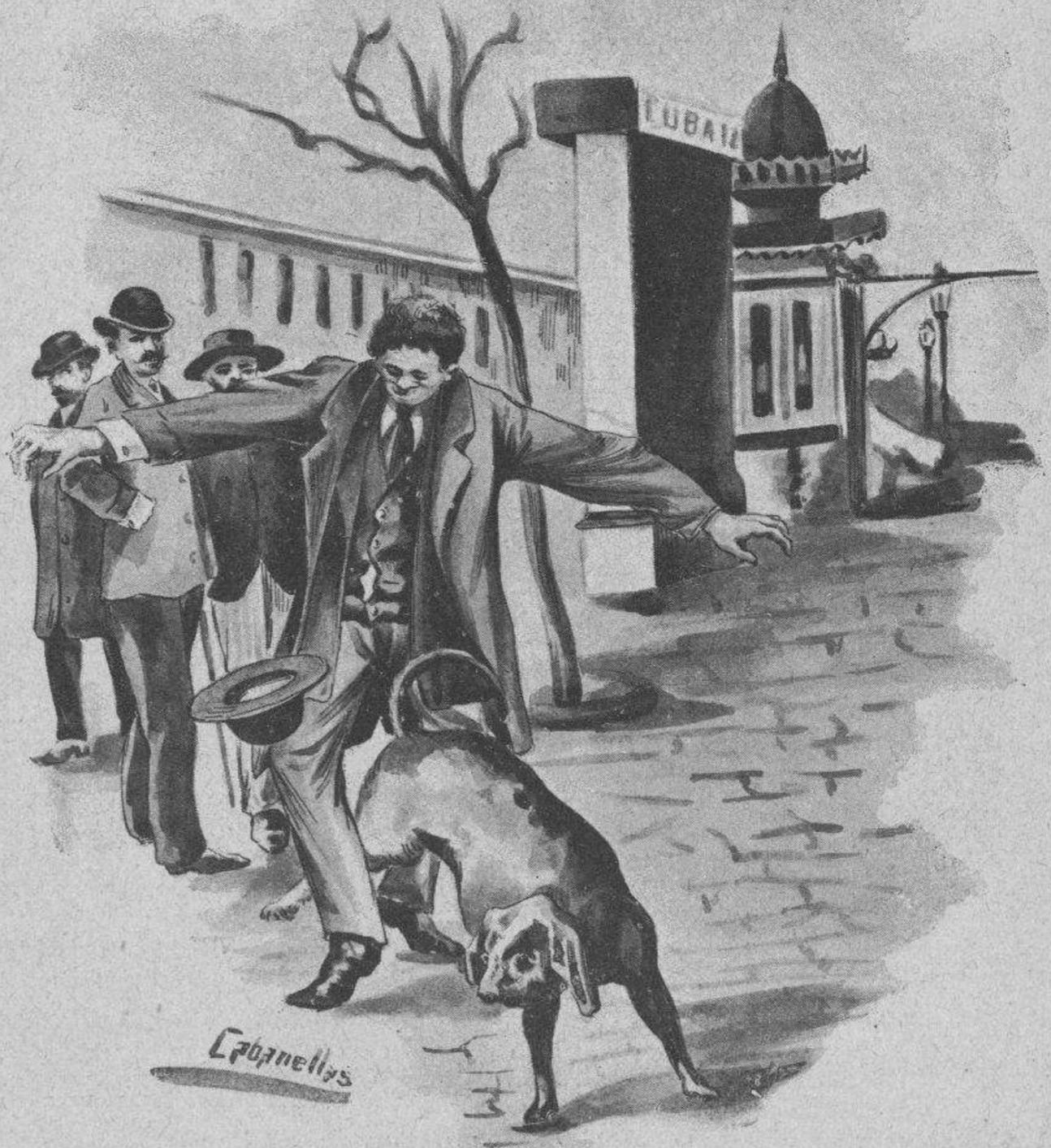
— Puede... pero yo la llamo don Matías.

— ¡Don Matías!

— Sí, señor: ese chico no tiene más que eso: un don Matías metido en el alma y en el cuerpo: una enfermedad infecciosa, mortal, que empieza por el bolsillo y concluye apoderándose de todo el organismo.

— ¡Ah!... creo adivinar... Supongo que se referirá usted á nuestro dignísimo primer Teniente de Alcalde.

— Al mismo, que Dios confunda y el diablo se lleve. Figúrese usted que el padre de Nicomedes tuvo empeño en hacer de su hijo, no un labrador como él, sino un sabio. Y le hizo seguir carrera... y como para eso se necesita dinero y él no tenía mucho, se empeñó, pidió dinero á préstamo á ese judío eminentemente católico, por sus prácticas externas al menos, llamado don Matías. Cuando el muchacho estaba en lo mejor de sus estudios, en la Universidad de Salamanca, siguiendo la Filosofía y Letras, murió el padre. La madre no tuvo más remedio que seguir el ejemplo de su marido: pidió también á préstamo para que Nicomedes pudiera concluir sus estudios. Obtenido el grado, logró el muchacho una plaza en el colegio privado de segunda enseñanza de San Justo. Con esto, y con algunas lecciones particulares, iban tirando él y su madre; y hubieran podido vivir muy guapamente con esas ganancias



y el producto de las tierras que tenían bien arrendadas, á no ser por la deuda contraída, que se comía lo mejor del beneficio. ¡Claro! los intereses unidos á los intereses se amontonaban sin cesar en monstruosa avalancha, — ¡figúrese usted!... ¡el 10 por 100 mensual! — y aun cuando Abril y la vieja han vivido con una economía feroz, intransigente, no había medio de sustraerse al terrible engranaje, á la espesa tela de araña en que nuestro respetabilísimo Teniente de Alcalde les había metido. De ahí el tormento físico y el tormento moral en que durante tres años seguidos, desde que se vino aquí otra vez, ha vivido el desgraciado... De ahí los dos ataques de hemoptisis que ha sufrido: uno el año pasado, el otro ahora; no sé como un organismo, ya débil de suyo y echado á perder por la escasez, por la falta de alimentos, ha podido resistir al último ataque, no sé... pero si por desgracia volvía otro vómito de sangre... y aunque no venga, juraría que á ese pobre Nicomedes se lo lleva dentro de poco una tisis galopante.

— ¿Y don Matías qué dice á todo eso?

— Pues no dice nada: espera en silencio que su deudor acabe de morir para echarse encima de sus despojos; por unos cuantos miles de reales que ha desembolsado, pero que gracias á la renovación de obligaciones sucesivas se han convertido en algunos millares de pesetas, nuestra insigne segunda autoridad municipal se apoderará dentro de breve plazo de una heredad muy regularcita que vale algunos miles de duros. Pero ¡oiga!... ¿no es el mismo don Matías quién viene por la otra acera?

— En efecto.

— Bien dicen que en hablando del ruin de Roma... Mírele usted, ¿no le recuerda esa manera de andar, arrimado á la pared, recatándose, el estilo del lobo y de la zorra?

Arropado en un burdo y ya descolorido gabán, que le llegaba hasta los talones, calado hasta la nuca un sombrero hongo, cuyo antiguo color negro había el uso matizado de verde, pasó don Matías, silencioso como una aparición: sus pies no producían el menor ruido, calzados como estaban de unos espesos zapatos de ovillo, que además de preservarle del frío le permitían deslizarse, seguro, sobre la resbaladiza cuesta de la calle. Pero ciertas precauciones pueden resultar estériles ante ciertas eventualidades; y de ello nos convencimos al ver de pronto á don Matías dar un brinco, abrir los brazos y caer al suelo patas arriba. El perrazo, autor de tal atropello, que venía disparado desde el extremo alto de la calle, no se paró siquiera para echar una ojeada sobre su víctima; siguió bajando la cuesta con velocidad vertiginosa y en un momento le vimos desaparecer al revolver de una esquina.

Acudimos Linares y yo á levantar al caído.

— ¿No se ha lastimado usted don Matías? — le pregunté.

— Ha sido un perro ¿verdad?... ha sido un perro el que me ha tumbado ¿eh? — interrogó él á su vez, tentándose el cuerpo.

— Puedo jurarle á usted que no ha sido ningún toro; — repuse con mucha seriedad.

— Por supuesto... por supuesto... — dijo el prestamista con expresión rencorosa, — pero quería decir si han reconocido ustedes qué perro era...

— ¿Y para qué quería usted saberlo?

— Pues... para entenderme con el dueño.

— Verá usted... iba tan aprisa el animal, que no había medio de preguntárselo.

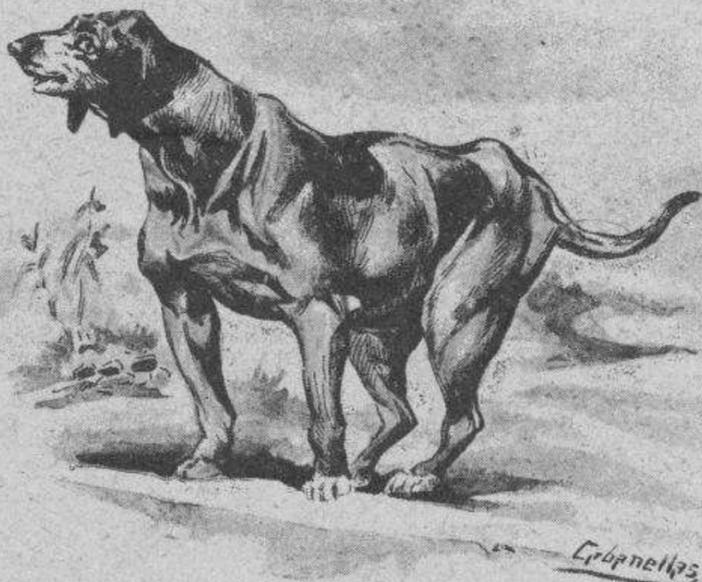
Don Matías dirigió de soslayo una mirada feroz á Linares; continuó tentándose los huesos, é hizo una mueca.

— Pero, en fin, — le pregunté, — ¿no se ha roto usted nada?

— No, no señor... no lo creo.

— Pues lo siento, — dijo friamente Linares, volviéndole las espaldas.

JUAN BUSCÓN.





Último homenaje

¡ Huérfano !

(A MI CUÑADO D. JOSÉ NOGUÉ COMA)

Al pie de una humilde fosa,
llorando está un pobre niño
que se ha quedado sin padres,
sin padres, el pobrecito.

Mueve á lástima el aspecto
de su rostro y su vestido
que delatan la miseria,
la miseria del mendigo.

Seis años escasos tiene
y como está sin asilo,
lo encuentran en algún banco,
en algún banco, dormido.

En tarde lluviosa y fría
llega con pena al camino
y desfallece y se cae,
y se cae sin sentido.

Como no encuentra socorro
ni le presta nadie abrigo
ni tiene quien le proteja
con amoroso cariño,

Acaba allí el sufrimiento
el inocente angelito,
que se eleva al cielo en brazos
de un sér amante y divino.

FRANCISCO COLLADO MARTÍ.

Nimiedades

En materia de amores y placeres,
si á todas las observas, una á una,
verás que son iguales las mujeres.

El que no ha tenido celos
no sabrá nunca querer;
por algo cuesta desvelos
el amor de una mujer.

El amor es un niño
tan pendenciero
que por cualquier cosilla
se enfada, y luego,
cuesta alegrarle...
mucho menos trabajo
que el enfadarle.

Es el lago del amor
malo para navegar,
pues se suele naufragar
cuando se boga mejor.

Te esperé — me dijo — no lo dudes,
y cuando regresé
presa el alma de tristes inquietudes,
casada la encontré.

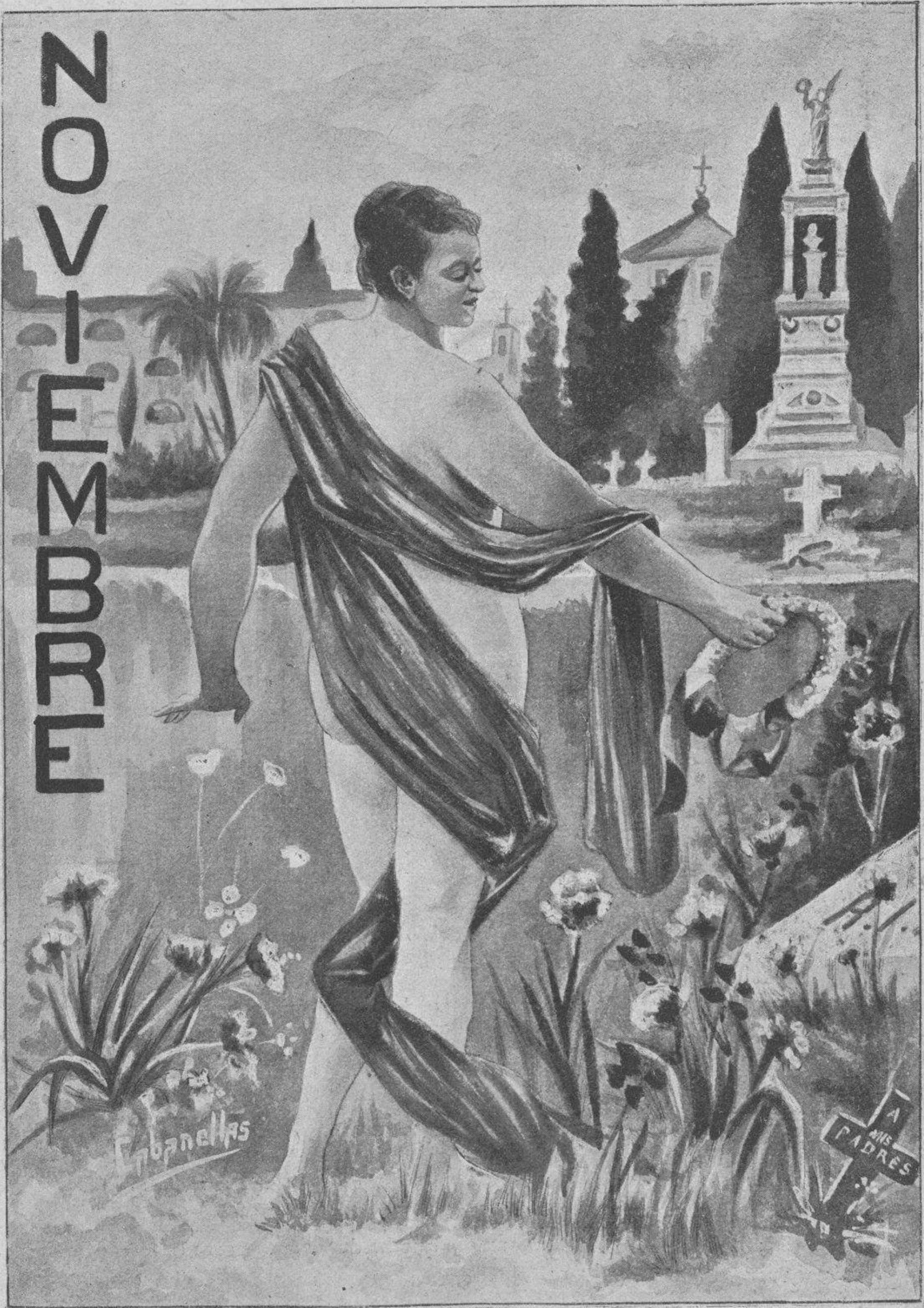
Al maldecir con rabia mi destino
me puse yo á pensar:
— ¿No ha de poder ninguna, Dios divino,
vivir sin engañar?

MANUEL MORLÁNS.

CURIOSIDADES DE CATALUÑA



Monasterio de Poblet



Alegoría



¡Voe soli!

— No porfies, Carmen; te aseguro que jamás cederá mi padre. Es imposible que puedas imaginar siquiera un carácter más terco.

— ¡Ah!

— No creas, sin embargo, que olvido mi palabra. De tal palo tal astilla. Yo también cumplo lo que prometo. La vida que va á empezar para nosotros es ruda. La pobreza nos ha hecho ya su presa. Pero no importa. Yo soy joven y robusto y puedo trabajar como dos.

El hombre dijo estas palabras como si un cansancio invencible se hubiese apoderado de su cuerpo y de su espíritu.

La mujer le miró como miran los enfermos al médico cuando saben que ya no hay salvación para ellos: con una tranquilidad dolorida. Pero no contestó.

El hombre parecía esperar las palabras que no venían, y viendo que la mujer callaba, habló él de nuevo.

— Fuimos unos locos, Carmen, y ahora vamos á pagar cara nuestra locura. Tú podías estar casada con tu primo; yo vivir tranquilo en mi casa, disfrutando de todas las comodidades á que me da derecho la posición de mi padre. En vez de esto cometí la torpeza de arrancarte del seno de tu familia. Hemos pasado un año sin pensar en lo porvenir, y ahora el presente nos ahoga.

— Tienes razón, Juan.

— Si yo fuera otro, te abandonaría; pero eso no he de hacerlo, no.

La mujer continuó callada.

El hombre la miró como si sintiera una compasión inmensa mezclada de irritación. Aquella actitud resignada era mucho más elocuente que las recriminaciones más agrias.

— No sé como vamos á componérselas; pero algo haremos. Yo renunciaré á todos mis vicios, suprimiré todos mis gastos y trabajaré. El caso es que no sé en qué voy á ocuparme. He vivido tan retraído durante este tiempo que no me atrevo á llamar á la puerta de mis antiguos amigos. Y la cosa urge. ¿Cuánto dinero tienes tú?

— Tres ó cuatro duros.

— Yo ni un real. Podemos, pues, vivir tres ó cuatro días.

— Eso es, — repuso Carmen.

— ¿Y luego? Una colocación no se halla así como así. Los amigos y los conocidos ó te vuelven la espalda ó te hacen aguardar, aguardar...

— Sí.

— Y el trabajo no llega y el hambre arrecia.

— Eso es.

— Tú no puedes pensar en trabajar tampoco. Lo que ganaras no bastaría para pagar el alquiler siquiera. Será preciso que nos mudemos á una zahurda. Y que vendamos todos los trastos supérfluos. Con esto y con algún dinero que podré hallar, todavía pasaremos un par de meses. Después se verá. ¿Qué dices?

— Sí.

— Pero, mujer, habla. Dí lo que se te ocurra.

— Es que no se me ocurre nada, ni puedo pensar nada. Conozco que te pierdo y que yo he perdido mi vida; en eso sólo pienso.

— No, Carmen, no; no vengas con recriminaciones ahora. No me acabes de desesperar, que hartos negro lo veo todo.

— Por eso no quería hablar, Juan.

— No es eso; habla, pero indicándome lo que he de hacer, porque te confieso que estoy confuso. ¿Cambiamos de piso?

— Sí.

— Bueno. Ahora se me ocurre una idea; pero temo decirte la porque vas á tomarla por donde quema y vas á figurarte lo que no es.

J. ALCAZAR TEJEDOR



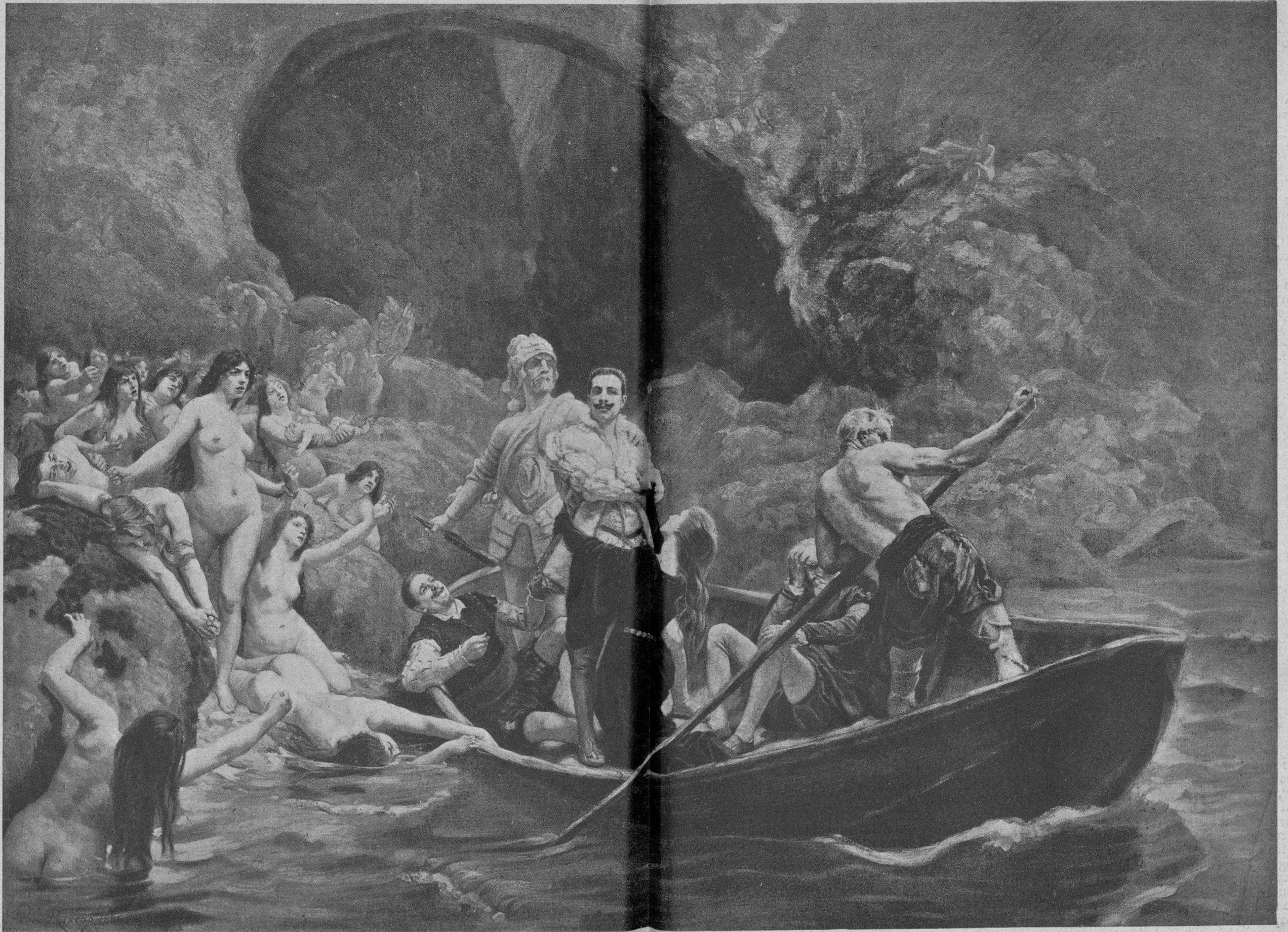
Cual los mazos del batán
unos vienen y otros van;
y también es fuerte asunto
que esté así la vida en junto
compendiada en un refrán.

Porque al cabo de esta suerte
caminamos á la muerte
desde el punto en que nacemos,
¡ bien el refrán nos advierte
que se juntan los extremos !

Yo no sé quien ha inventado
que se halle al nacer atado
el apuro de morir,
ni por qué habremos entrado
si tenemos que salir.

Y de ello no escaparemos,
bien nos lo dice el refrán:
que se juntan los extremos
y unos vienen y otros van,
cual los mazos del batán.

JORGE RICO.



Tenorio en los infiernos

- No, pierde cuidado.
 — Pues bien. Una vez en un pisito pequeño y ya bien instalados, yo marchó á mi casa, y durante unos meses vivo al lado de mi padre. A éste le digo que te he olvidado por completo. Lo creará y volveré á tener dinero.
 — Sí, ya comprendo.
 — Y entonces te podré enviar á tí y estarás tú bien.
 — Sí, pero sola.
 — Hasta que pueda volver á ser lo que era. Hasta que tenga libertad absoluta. Tú, para no aburrirte, puedes volver al taller.
 — Y así acabaremos por olvidarnos.
 — No, no digas eso. Yo no te olvidaré, porque te amo. Y tú no me olvidarás tampoco, porque eres buena.
 — Sí, yo era buena.
 — Y lo eres todavía. ¡Ea! No te entristezcas, que así me quitas resolución y ánimo. Mira, ahora me marchó. A la noche volveré con dinero. Mañana podremos cambiar de casa. ¿Me perdonas?
 — Sí, Juan.
 — Adiós.

El hombre marchó, y la infeliz quedó sola en aquella casa donde unos meses conoció la dicha que ya no debía volver más. Carmen comprendió que todo había acabado para ella. Sintió que algo se rompía; algo invisible pero muy fuerte y poderoso, y le pareció que la soledad en que quedaba debía durar eternamente.

Y la desdichada prorrumpió en llanto al verse abandonada, y sus lágrimas cayeron en lo insondable donde ruedan las dichas perdidas, los años que pasan, todo lo que no tiene remedio.

A. RIERA.

Niebla

Silenciosos marchaban
 llevándolo en sus hombros,
 sin un rezo siquiera,
 ni siquiera una luz;
 la tarde declinaba,
 algo sentí en el pecho
 y detrás del cadáver
 silencioso marché.

Llegamos, y ya abierta
 se encontraba la fosa,
 y allí de un solo empuje
 la echaron á rodar;

y pálida, muy pálida
 los labios como el lirio,
 y harapos sobre el pecho
 muy pálido también.

Sus ojos, ya sin lumbre,
 con surcos indelebles,
 adivinar me hicieron
 lo mucho que lloró.
 No sé cual se llamaba
 ni sé lo que fué en vida,
 la cubrieron de tierra:
 desde entonces la amé...

MANUEL PASO.

Cuentos de la guerra

¡Exposición!

¡Demonio de colillerillo!

Todos los días llegaba saltando, como pajarillo libre y desplumado, á la puerta de la oficina, y, con acento grave y respetuoso, pedía permiso diciendo:

— ¿Me deja usted coger las colillas?

Su carilla feota y sucia, no exenta de rasgos picarescos, provocaba la hilaridad, pero su cuerpecillo, casi desnudo, y sus pies descalzos, incitaban á la compasión.

Por otra parte, ¿quién se resiste á dar lo que tira?

— Cógelas, muchacho, — se le contestaba.

Agazapadito como una rata, y con la viveza infantil del hijo de los vientos, que nace, vive y muere en medio de las calles, se entremetía por todos los rincones, hacía su recolecta y se marchaba con la misma alegría...

¡Siempre igual!



Del último asilo,
oscuro y estrecho,
abrió la piqueta
el nicho á un extremo
Allí la acostaron,
tapiáronle luego,

y con un saludo
despidióse el duelo.
La piqueta al hombro,
el sepulturero
cantando entre dientes
se perdió á lo lejos.

La noche se entraba,
reinaba el silencio;
perdido en las sombras,
medité un momento:
¡¡ Dios mío, que solos
se quedan los muertos!!

¿Vuelve el polvo al polvo?
¿vuela el alma al cielo?
¡todo es vil materia,
podredumbre y cieno?
¡No sé; pero hay algo,
que explicar no puedo,

que al par nos infunde
repugnancia y duelo,
al dejar tan tristes,
tan solos los muertos!

GUSTAVO A. BECQUER.

A él lo mismo le importaba que gobernaran los conservadores que los fusionistas ; que estuviera el pan caro, que estuviera barato ; que hubiera viruela ó sarampión...

¡ Hasta las contribuciones le tenían sin cuidado !...

¿ A él que le importaba que recargaran la contribución territorial ?

No tenía otro territorio que el que hollaba con sus pies. ¡ Y bien poca mella le harían á los adoquines ! ¡ Siempre iban descalzos !

Pues... nada ; que el colillerillo se hizo un mocetón, y allá se vendió por cuatro ocha-
vos para la Habana.

En los actos heroicos realizados por allá, siempre he leído con suma curiosidad los nombres de los protagonistas : Fulano *Exposito*, Zutano *Expósito*.

Y aunque yo no sabía el nombre de aquel pajarillo sin plumas que siempre entraba en la oficina riendo y saltando, y sin comer, siempre, me he figurado que sería quizás uno de esos llamados *Exposito*.

¿ Por qué ?

No lo sé.

Y es... que yo me figuro que la carne del héroe anónimo tiene sangre de todos los hijos del pueblo, porque esa Inclusa en donde se almacenan criaturas con menos caridad que los bichos raros en jardines regios, gotea algo que es muy malo, muy amargo, que á todos nos daña, que á todos nos insulta, que á todos nos envenena...

Así es... que cuando me enteré que en una gabarra, atracada á la borda de un her-
moso trasatlántico, murió el otro día un... *Expósito*, me dieron ganas de rezar, por si era aquel colillerillo.

¿ Por qué tenía que meterse él, sin padre ni madre, sin casa ni hogar, á hombre hon-
rado, habiendo, como los hay, tantos pillos, con madre y padre, con casa y hogar ?...

J. RODRÍGUEZ LA ORDEN.

ESCENAS ANDALUZAS

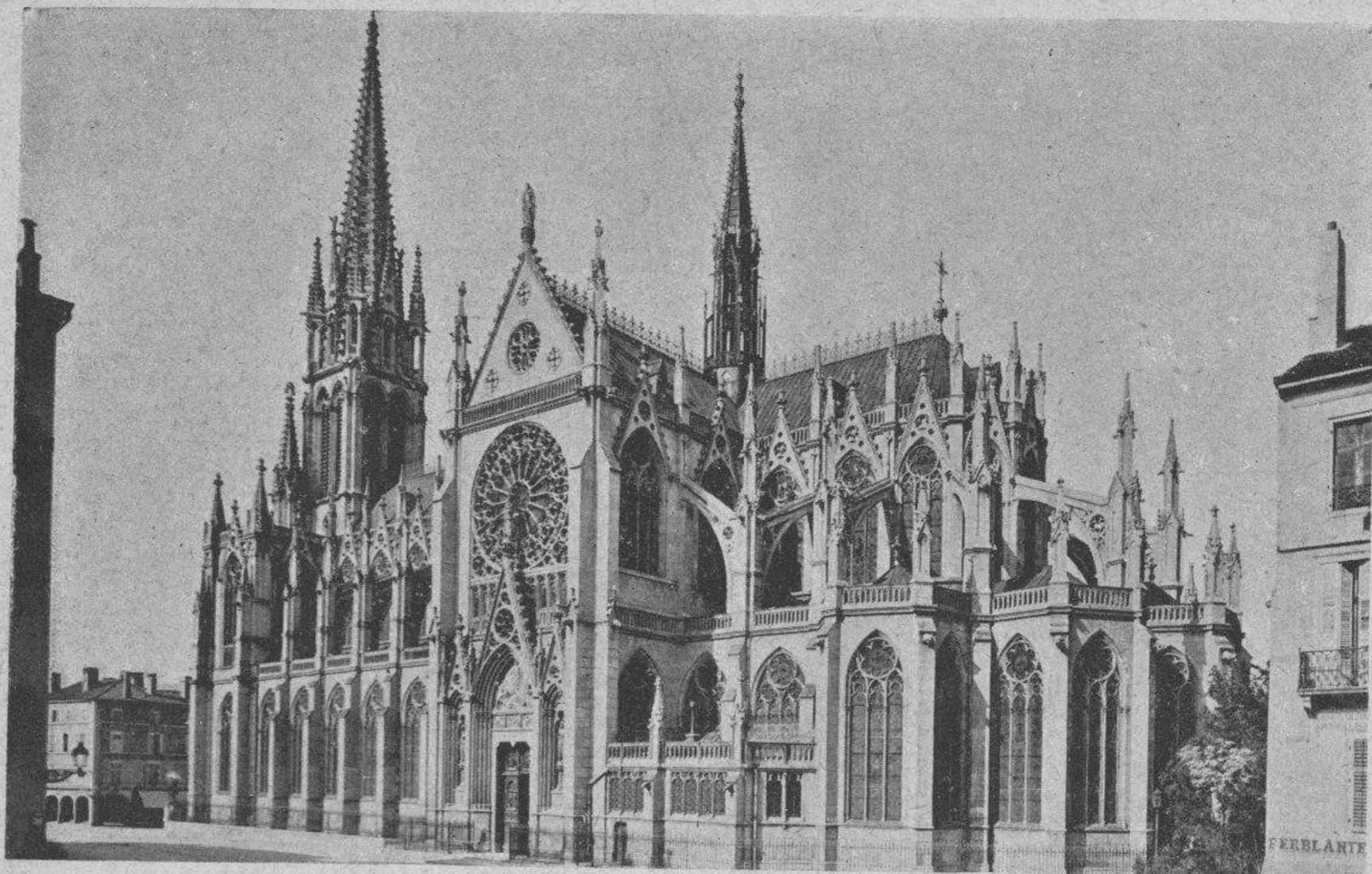


Á la feria!

J. VILLEGAS



Unos tanto y otros tan poco...



MADRID. — Iglesia de los Gerónimos en el Paseo del Botánico

¡ D. Juan ! ¡ D. Juan !

La invocación esa no es mía, claro. Es de todas las Ineses que surgen al conjuro zorri-
llesco durante la semana. ¡ D. Juan ! ¡ D. Juan ! Yo lo imploro...

Las mujeres lo dicen á menudo, aunque sea en otro ritmo, porque ocasiones para
acudir á la hidalguía de los galanes no faltan ; y lo dicen bien, con sentimiento, ingé-
nuamente ; saben, pues, decirlo, sin haber pasado por el Conservatorio. Pero ocurre que
ese don, concedido sin limitaciones á las damas por natura, lo oscurece ó lo quita don
Juan. No sé si las turba él y les altera el habla, ó si es temor de verse delante del *móns-
truo* ; para el caso resulta lo mismo : que descubren el papel dictado por el apuntador y
son unas Inesillas lastimosas, forzadas por la costumbre de representar, en la época de las
castañas y de los difuntos, el *Tenorio*.

Y no se diga que caen en semejantes extremos las cómicas lugareñas... Hay más en los
escenarios : hay actrices buenas... artistas en otras obras y que no lo son ¡ vaya, que no
lo son ! cuando llegan á ese pasaje. Me figuro lo que haría el D. Juan auténtico si oyese
á esas señoras : huir de un amor gangoso como si fuera el diablo viendo la señal de la
cruz. Decididamente, nuestras actrices no saben enamorarse de D. Juan.

* * *

Y me lo explico : saben ellas de antemano que ese D. Juan es una mala persona... y
además cómico.

Pero cómico malo también, de los que se ponen caramelos en la boca para decir : « ¿ no
es verdad, paloma mía ?... »

Recuerdo de uno, corto de vista... y de facultades, que echó á correr en el momento
de increpar á las estatuas yacentes : « pues no me causan pavor, vuestros semblantes es-
quivos... » A los de la tramoya se les escapó un telón de foro, y á D. Juan debió figurár-
sele, sin duda, que le daba en las narices.

Pues bien : Doña Inés estaría entre bastidores contemplando la escena. ¿ Cómo amar
á un valiente á quien no arredran los muertos y, en cambio, los tramoyistas le asustan ?
¿ Cómo ejercer la sugestión amorosa necesaria para redimirle y llevarle al paraíso ?

¡ Pobre D. Juan ! Yo creo que le ha servido de poco el sacrificio de la Ulloa. Se em-

J. PASSOS



España á sus héroes

peña en volver todos los años, y á la postre los comediantes van á dar con él en los infiernos.

* * *

Algunos señores se entretienen en filosofar acerca de la significación que tiene entre nosotros el Tenorio, y afirman que toda su fuerza está en el carácter, en ser tipo de raza, en ser nuestro por valeroso, pendenciero, jugador, borracho, galán... y otras tantas lindesas así.

Un conferenciante, que me pareció tendero de ultramarinos, afirmó que los españoles amábamos á D. Juan, no por los versos de Zorrilla, sino porque era una *conjunción feliz* del hidalgo y del taurino.

¡Ay, sí! A D. Juan le aman por los versos los barberos, los horteras y las modistillas. Y casi todos los muchachos y muchachas jóvenes, á quienes en casa, en las aulas, en los periódicos, en los libros, en todas partes, se les da un falso concepto de la vida, y por consiguiente, del amor. D. Juan se sostiene, no porque haya en él muertos y la costumbre le afirme en los carteles de teatro, ni porque haya riñas y amoríos fáciles, sino por otra razón, psicológica y todo, más honda. D. Juan no triunfa como triunfan las tradiciones, no.

Triunfa como el espíritu malo, ó del Mal.

¡D. Juan! ¡D. Juan! Yo no quisiera calumniarte; pero sé, lo sé de buena tinta, mejor que aquel tendero de ultramarinos que andaba descubriendo conjunciones, sé que como te pasastes el tiempo en la tierra burlando mujeres, aquello de la apoteosis fué una invención de Zorrilla, y sigues en alma, entre nosotros, tendiendo las mismas sutiles redes.

Ahora te dedicas á engañar... cómicos.

CLAK.

Día de Difuntos

¡Qué bonito!... ¡Qué bonito!...

¡Qué delicioso espectáculo,
el que esta tarde presentan
las calles del Campo Santo!

Mucho blandón encendido...
Mucho lujo... Mucho fausto...
Muchas flores en las tumbas
y coronas con cintajos.

Vanidad de vanidades...
Hipocresías de humanos,
que divierten á los chuscos
y asombran por su descaro.

Conocí yo á un hombre-fiera,
que á fuerza de malos tratos
mató á su mujer, la dote
en el juego derrochando.

Dejó sin pan á sus hijos,
y en este día del año,
puso con letras doradas
de la corona en los lazos:

*A mi inolvidable Elena
su esposo desconsolado.*

¡Qué desconsuelo, señor,
ni qué simiente de rábanos!

Es frecuente que la adúltera,
burlándose del engaño,
le dedique una corona
¡al que vivió coronado!

Y así muchos van mintiendo
penas que no devoraron,
sentimientos que no *sienten*,
porque son almas de cántaro.

Al ver que la muchedumbre
las puertas del Campo Santo
asalta, desparramándose
con incorregible escándalo,
por aquellas calles lúgubres

de sepulturas y hosarios,
sin que lleven en el rostro
piedad ni dolor pintados,
yo no sé como los muertos,
sus tumbas abandonando,
no arrojan á tales gentes
de su morada á porrazos.

Diciéndoles: «Fuera... fuera...
fuera de aquí, deslenguados,
y llevarse esas coronas
y dejad el mármol blanco
porque los muertos queremos
gozar de paz y descanso.»

Antiguamente los muertos,
en este día del año,
abandonaban las fosas,
venían á visitarnos,
y sospechar, lector, puedes
si se llamaban á engaño
al verlo todo distinto
de lo que al morir dejaron,
que ya no quieren más bromas
ni con el mundo más tratos,
pues si riendo salían
volvíanse al fin llorando.

Por eso modernamente
son rarísimos los casos
de visitas de difuntos,
y el que no lo hagan aplaudo,
pues por más que aparecieren
desde los tiempos lejanos
almas en pena y fantasmas,
los hombres no han enmendado
y al que se muere lo entierran,
y al muerto cebada al rabo,
lo mismo en tiempos presentes
que ocurrió en tiempos de antaño.

FEDERICO DEÁN.



Fantasia de difuntos



Los usureros se estilan en todas partes... hasta en Inglaterra.

¡ Cuando creíamos que esa era una costumbre española... nacional, como la de los toros!

De modo que en Inglaterra hay ingleses indígenas é ingleses que no lo son.

El caso es que uno de ellos ha pedido á los tribunales que le diesen posesión de la finca hipotecada por uno de esos clientes.

Y esa finca resultó; ¡ si sería guasón el tío! el panteón de sus mayores.

Lo que dice Estrañi:

Yo, juez, le doy posesión
al punto del panteón
después de justificarlo;
¡ pero con la condición
de habitarlo!

—♦—

El hijo de Gedeón que iba con su padre por la Rambla el domingo último, se pierde entre la multitud.

Al encontrarse solo llama á un municipal:

— ¿ Ha visto usted, le dice, por ahí á un padre sin su hijo al lado? Pues ese hijo soy yo.

—♦—

Para los hombres sensatos la modestia es el primer atractivo en una mujer bonita; sólo prefieren la coquetería los necios.

—♦—

CHARADA

Mi prima en el alfabeto
dos letra, y tres musical,
y ahora, lector, yo te reto
á que aciertes mi total.

URBANO.

Y á quien consiga la solución se le darán... las gracias.

—♦—

A los diez años de matrimonio se celebran las bodas de estaño.

A los 25 las de plata.

A los 50 las de oro.

A los 75 las de diamante.

A los 100 años... no se celebra generalmente el aniversario del casamiento... por razones fáciles de comprender.

—♦—

Los niños de hoy día:

Enrique, de doce años de edad, saca una petaca de cigarros y ofrece uno á su abuelo.

El abuelo le dice indignado:

— ¡ Jamás he fumado, señor! ¡ Sépalo usted!

— ¡ Oh! Entonces no debéis comenzar á hacerlo á vuestra edad.

—♦—

Aunque se sufre al amar
es lo cierto que el amor,
es el único dolor,
que nos permite gozar.

RAFAEL MOROTO.

Correspondencia

Rigores. — Jaén. — Creo, si he de ser franco, que hace usted muy mal en aprovechar la conmemoración de los fieles difuntos para mandarme una elegía. Está bien honrar la memoria de los muertos y acordarse de ellos; pero conviene de paso respetar á los vivos.

J. B. — Alcalá de Chisvert. — Hay algo que no me disgusta del todo: lo que me extraña que tiene usted cosas que no parecen de la misma mano; aun así se notan bastantes imperfecciones que puede ir corrigiendo; aplíquese y estudie. Veremos si es posible aprovechar algo.

De lo o ro .. al lapiz, por ahora no.

El importe puede remitirlo en sellos ó libranza. Nosotros no giramos.

Pedro. — Barcelona. — Dice usted que sólo me manda diez tercetos. Bueno, pero como escribe usted *endecasílabos* de trece, catorce y quince sílabas, hay terceto que resulta todo un concertante.

L. H. — Barcelona. — ¿ Qué necesita usted para ser poeta? ¡ Ay, que gracia! Serlo.

A. Ll. v F. Muy serio y poco nuevo. — *Uno de la tierra*. Demasiado incorrecta. — T. M., Irún. No. — P. C. B., Sevilla. Tampoco. — D. M., Barcelona. ¡ Dios me libre! — *Vasco*. Madrid. ¡ Otra vez! — T. F. ¡ Si supiera usted que bien decía esas cosas Quevedo!

Y ya se irán revisando las demás cartas.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia
al administrador D. PEDRO MOTILBA

Bambla del Centro, Kiosco número 3

—* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN *

España y Portugal, semestre . . .	6 pesetas
Año	11 »
Extranjero y Ultramar, un año . . .	17 »

Número corriente, 20 céntimos

Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado

Tipografía LA ACADÉMICA, de Serra H^{nos} y Russell, Ronda Universidad, 6; Teléfono 861. — Barcelona